

Tres conversaciones libertarias sobre las contra-pedagogías de la crueldad, del poder y del patriarcado. Reseña de Contra-pedagogías de la crueldad, de Rita L. Segato (Buenos Aires, Prometeo, 2018)



María Eugenia Celli*

* Facultad de Filosofía y Letras,
Universidad de Buenos Aires.

A fines de agosto de 2016 en la Facultad Libre de Rosario, Rita Segato ofreció tres clases con las que buscó materializar el ejercicio performativo de un pensamiento que —acogido al derecho de desobediencia epistémica— ensayó alejarse de las habituales exposiciones en solitario para dar lugar al encuentro de los cuerpos que en co-presencia conversan. En cada una de estas denominadas “conversaciones libertarias” (p. 9), la antropóloga argentina construyó un gesto educativo con el que se propuso no solo resistir y rechazar la habitual mercantilización del saber tecno-académico, sino también expandir las fronteras del discurso antropológico hacia la posibilidad de diseñar conjuntamente nuevas prácticas del enseñar y el aprender profundamente contra-hegemónicas. Dos años más tarde, la editorial Prometeo ha lanzado su publicación en formato libro, apostando a nuevas vías de transmisión para que estas conversaciones puedan ir más allá de los destinatarios originales y del marco espacial que le dio inicio.

El tema nodal de la obra hace foco en la multiplicidad de formas que ha adoptado en nuestra región la *pedagogía de la crueldad*, entendida como “todos los actos y prácticas que enseñan, habitúan y programan a los sujetos a transmutar lo vivo y su vitalidad en cosas” (p. 11). La crueldad se convierte en un factor habitual de consumo que se efectiviza tanto en actos de rapiña sobre los cuerpos (trata femenina e infantil, explotación sexual, feminicidios, trabajo servil y esclavo) como en una predación de los territorios (explotación extractivista en las minas y el agro-negocio). Esto cumple de manera extrema el proyecto histórico del capital. Razón por la cual, la autora llama a “no guetificar la cuestión de género” (p. 13) y enmarcar a ésta, junto con el patriarcado y la violencia letal hacia las mujeres, en el contexto más basto que representan las relaciones sociales impuestas por el capitalismo para su reproducción en Latinoamérica. Los caminos de resistencia a este espectáculo de la crueldad se surcan a partir de *contra-pedagogías* que apuestan a la conciencia de un mundo vincular y comunitario que limita la disecación de lo vivo, el consumo de los cuerpos y la cosificación de la vida (cfr. p. 16).

Si retomamos las clases que dan lugar, luego, al libro, retomamos vemos, que en la primera clase Segato teje narrativamente los orígenes y el desarrollo temático-metodológico de su propio itinerario de investigación. Se trata de un recorrido que explora la antropología desde Argentina, Brasil y México y que se dilata en un arco temporal que comienza en los años setenta, atraviesa el desarrollo de su tesis doctoral —exitosamente defendida en 1984— llegando hasta la actualidad en donde la vida académica logra mixturarse con los peritajes antropológicos y la militancia popular. Es en ese punto que la autora confiesa haber encontrado recientemente

una hermenéutica capaz de hacer “cruce” entre la perspectiva decolonial provista por Aníbal Quijano y la crítica a la subordinación patriarcal que asoma con nitidez en la violencia y en los crímenes contra las mujeres.

De los múltiples aportes que depara este camino merece destacarse la permanente deconstrucción que la autora asume en la práctica de su propia disciplina antropológica. Ésta ha madurado durante décadas al calor de las universidades tecnócratas que, obedientes a la división mundial del trabajo intelectual, se dedican exclusivamente a producir o a consumir categorías teóricas de acuerdo al lugar geopolítico al que pertenezcan. Frente a ello, Segato plantea con urgencia el diseño de una “antropología por demanda” que no sólo busque responder a las preguntas sociales más urgentes, sino que “entre a participar activamente en un litigio reivindicativo o ‘demanda’” (p. 33).

Desde esta renovada epistemología es que la temática de la violencia manifestada en las violaciones a mujeres, ocurridas en la ciudad de Brasilia en los años noventa, llega a su biografía académica, imponiendo la idea de que éstas no constituían un fenómeno pasajero o aislado, sino uno que revelaba un eje estructural sobre el que se montan nuestras sociedades con plataforma colonial. Esto la llevó a determinar que la violación no es meramente un crimen sexual, sino un “crimen enunciativo” que dice algo a alguien (cfr. p. 39). Su análisis permite decodificar una “estructura elemental de la violencia” (p. 44) construida a partir del eje vertical agresor-víctima (que efectiviza la extracción de un tributo) y del eje horizontal agresor-pares (que exige el cumplimiento de un presunto mandato de masculinidad). A partir de éste último eje asoma la posibilidad de caracterizar al varón como una nueva víctima intragénero sobre la que el patriarcado no aminora su dominación ni su violencia (cfr. p. 46-47).

En 2003 los feminicidios ocurridos en la ciudad de Juárez (México) la vuelven a conducir a un escenario de violencia hacia los cuerpos femeninos, que ahora son analizados como lugares en donde se clavan las insignias de soberanía territorial patriarcal. Esta vez su tesis antropológica se gesta a partir de un “cuño político” (p. 49) que revela más cristalinamente cómo estos crímenes son obra del poder político patriarcal corporativo.

La apertura de la segunda clase se hace eco de la crítica feminista sobre los costos teóricos y práxicos que implica la aceptación de la categoría analítica de “género”. Si bien la autora reconoce que este término “estabiliza el binarismo” y “traspone irreflexivamente el dimorfismo sexual en binarismo ideológico” (p. 59), también entiende que es absolutamente necesario y urgente nombrar las representaciones hegemónicas que acontecen en nuestras gramáticas sociales. En este sentido, afirma que “dejar de nombrarlas no las hace desaparecer” (p. 60), y el evocarlas críticamente puede constituir un acto de resistencia frente a las estrategias del poder que prefiere no nombrar para invisibilizar los problemas. Esta apuesta, que le hace frente a gran parte de las corrientes feministas, la lleva a emparentar la cuestión de “género” con la de “raza”, estableciendo que ambas categorías “son análogas en la estructura de producción de la diferencia como desigualdad” (p. 58) y, por eso mismo, resultan “funcionales para la extracción de valor no reconocido, no remunerado” (p. 59), dando lugar a una plusvalía patriarcal y racial.

Junto con la utilización de estas categorías también se propone, en la huella de los post-estructuralismos, desarrollar una política en clave feminista y decolonial que sea capaz de una “desobediencia capilar diaria” (p. 63). Sólo a partir de ella es posible desarticular la historia masculina, que se revela como aquella que corre tras el sometimiento arbitrario de aquellos cuerpos inocentes en los que “la

crueldad se aísla como mensaje” (p. 77). En cada uno de esos cuerpos es posible leer actualmente aquello que Agamben puntualiza en *Homo Sacer* al observar que la eliminación del otro deja de ser un homicidio o un crimen, ya que se trata de “matar sin consecuencias porque la vida de aquel ser era meramente cosa y sus retos chatarra” (p. 89).

El tercer y último encuentro no recorre temáticas ni propuestas nuevas, sino que se dedica exclusivamente a reproducir las preguntas del auditorio y las respuestas de la antropóloga. Si bien en el final de la primera y segunda clase ya se había destinado un espacio reducido a la participación de los asistentes, es aquí donde esta dinámica “conversacional” se desarrolla con mayor extensión. Las dudas, inquietudes y cuestionamientos críticos del público atraviesan temáticas diversas, tales como: el ingreso de las minorías étnicas a la universidad (*cfr.* p. 87), la vinculación entre la teoría decolonial y la perspectiva de género (*cfr.* p. 89), la figura de Aníbal Quijano y la negativa a admitir un sujeto poscolonial (*cfr.* p. 91), las desobediencias capilares y los modelos de resistencia (*cfr.* 96) y la consideración del “criollo” como mala palabra (*cfr.* p. 99).

Finalmente, resta decir que este libro —con formato de clase ininterrumpida y con la aspiración de producir conversaciones libertarias— provoca performativamente una propuesta *contra-pedagógica* para todo aquel que busque inaugurarse en la lectura de una de las antropólogas más representativas de nuestra región. La posibilidad de recorrer su itinerario biográfico-académico desde una matriz narrativa, de advertir los múltiples senderos que la han llevado a realizar cruces teórico-prácticos impensados y la advertencia de una epistemología audaz que no se cobija en las seguridades de los esquemas teóricos importados sino que busca implicarse en las demandas y conflictos sociales, todo ello hace que este libro deba ser considerado como algo más que una propuesta de renovación disciplinar. Su cariz parece evocar, ante todo, una apuesta política feminista y decolonial que se propone desandar con valentía el camino de la crueldad, del poder y del patriarcado en nuestras sociedades latinoamericanas fuertemente ancladas a esa plataforma colonial moderna.

